tos que de aquí a mañana lloverá y tendréis el mejor año que jamás habéis tenido, y yo y mis compañeros lo suplicaremos a nuestro Dios. Los indios se sonrieron como haciendo burla de Cortés, el cual llamando a sus compañeros, les dijo lo que había pasado y rogó que se doliesen de sus pecados y propusiesen la enmienda de la vida y se reconciliasen (si algunas enemistades había), y que otro día oyesen misa para suplicar juntos a Dios enviase agua y que aquellos infieles conociesen, por la merced que Dios le hacía, que sus dioses eran falsos. Y puestos todos con Dios, con la mayor devoción que pudieron, oyeron la misa que dijo el padre fray Bartolomé de Olmedo y ofició el padre Juan Díaz con algunos que le ayudaron, y comulgó Cortés y otros, con mucha devoción y lágrimas. Acabada la misa, antes que los castellanos bajasen de el templo, adonde esto se hizo estando el cielo muy sereno, a vista de todo el pueblo mexicano se comenzó a cubrir de un nublado muy espeso un cerro que ahora dicen los castellanos Tepeaquilla, y vino luego tan recia agua, que con estar tan cerca el templo del alojamiento de los castellanos llegaron bien mojados. Llovió todo aquel día y otros también, con que fue aquel año uno de los más abundantes que nunca tuvieron. Dieron los castellanos muchas gracias a Dios por la merced que los había hecho y los idólatras quedaron confusos, aunque muy consolados, viendo que les había excusado la hambre y mortandad que temían (porque estas dos plagas siempre andan juntas). Quedó Motecuhzuma muy espantado; alegróse y holgóse mucho con Fernando Cortés el cual, viendo tan oportuna ocasión para lo que deseaba decir al pueblo, le suplicó mandase juntar los sacerdotes y a los caballeros de su ciudad, porque delante de él, acerca de su religión, les quería hablar, porque podría ser que se moviesen a creer en un Dios y aborrecer los falsos ídolos, cesando de el cruel sacrificio de inocentes. Motecuhzuma holgó mucho de esto y estando todos juntos y Motecuhzuma presente, habló lo siguiente, teniendo los soldados muy a punto y con sus armas, aunque con disimulación para lo que se ofreciese.

CAPÍTULO LIV. *Que haciendo juntar Fernando Cortés en el palacio de el rey Motecuhzuma a los sacerdotes y caballeros mexicanos les hizo una plática, persuadiéndolos la religión cristiana y es muy de notar*

UCHAS VECES, MUY PODEROSO REY y muy nobles caballeros (que según vuestras ceremonias y costumbres, después de el rey, estáis puestos en lugar supremo) he deseado que libres de toda pasión me oyésedes con gran cuidado lo que diversas veces os he dicho tocante a la verdadera religión de los cristianos y al engaño en que con tanto daño de vuestras almas y cuerpos hasta ahora habéis vivido; y porque unas veces con su alteza, otras con algunos de los caballeros, y otras con los sacerdotes que

presentes estáis, en particular y como de paso, he tratado este negocio y ninguno me ha respondido contentarle. Parecióme que era razón suplicar a su alteza mandase que hoy os juntásedes todos para que alumbrandoos Dios, entendiendo lo que os dijere, tengáis por muy acertado el haber yo puesto en el templo las imágenes de Jesucristo, Dios y redemptor nuestro y de la virgen santísima madre suya, por cuya intercesión ha hecho y hace cada día grandes mercedes al linaje humano; para lo cual habéis de saber que no hay nación en todo el mundo que si en la ley natural está algo advertida y con vicios y torpedades no tiene escurecida aquella lumbre que desde su creación Dios la dio y comunicó, tenga que hay más de un sumo principio, una suma causa de todas las causas; porque sumo es aquello sobre lo cual no hay otra cosa que más fea; y pues lo que es sumo no sufre superior ni igual, como aun por vuestras casas veréis, que no hay ninguno de vosotros que en el gobierno de ellas quiera ni sufra tener quien le vaya a la mano como igual, cuanto más quien le mande como superior; necesario es y forzoso, en buena razón, discurriendo de un saber a otro; de un poder a otro; de una bondad a otra venir para que no haya discurso en infinito en que no puede ser a un tan gran poder, tan gran saber, tan gran bondad como aquella en cuyo poder de nada se han hecho las cosas, porque principio tuvieron y no son eternas en cuyo saber son y serán sin error para siempre gobernadas y regidas cuya bondad, sin faltar, las sustenta, comunicándolas su ser y haciendo de las más de ellas señor al hombre. No pudiendo pues haber dos poderes infinitos ni dos saberes ni bondades tales, forzoso es que confesemos un sólo Dios, infinitamente poderoso, infinitamente bueno, infinitamente sabio; pues no puede haber dos dioses, cuanto menos muchos como vosotros confesáis. Y porque veáis bien el error en que estáis, ¿quién no se reirá viendo que tengáis un dios para el agua, otro para el fuego, otro para las batallas y otros tales para muchas cosas? Como si este nombre de Dios no importase sumo poder para poderlo todo. De manera que si hay Dios, como ninguna nación lo niega y su significación importa tanto que no puede con ningún entendimiento ser comprehendida (aun en buena razón), es cosa superflua que lo que uno puede hagan muchos, porque en uno hay mayor unidad y menor discrepancia que en muchos; y más fuerte y poderoso es el que solo en batalla vence a muchos que el que es ayudado de muchos.

En prueba de que no hay más de un Dios, también hace mucho al caso ver que en vuestro gran señorío no hay más de un hombre, que es el poderoso rey Motecuhzuma, sobre tantos que aquí estáis, el cual solo os rige y gobierna y si hubiera otros dos o tres, tan poderosos como él, no fuera tan poderoso sobre vosotros, y habiendo diversas voluntades y pareceres no pudiera ser una la gobernación y así todo lo que en sí tiene unidad es más fuerte que lo que consiente división; de adonde entre los nuestros dice un sabio, que la virtud unida es más fuerte que esparcida en diversas partes y esto parece ser así por una comparación natural vuestra; que el vino que bebéis recogido y cubierto en vasija tan grande, cuanto fuere el vino contenido en ella, está más fuerte que si estuviese derramado o en la

calle o en una gran vasija, adonde perdiese su vigor. De esto parece claro que, pues (como tengo dicho), hemos de confesar un poder tan grande que todo lo pueda y que ninguno pueda tanto que no puede ser sino uno y no muchos, veréis que a este poder potentísimo, único e inmenso, no le podemos llamar sino Dios y no dioses; y que sea un Dios y no muchos dioses, parece claro por sus obras, pues todas y cada una por sí, como efectos de su causa, muestran unidad y no pluralidad. No crió muchos mundos, sino un mundo y éste compuesto de diversas unidades. No crió muchas tierras, sino una tierra; muchos mares, sino un mar; muchos fuegos, sino un fuego. Crió cuatro elementos y de cada uno no más que uno; una esencia de cielos, un hombre, una mujer, de quien descendemos; una ánima en cada uno; un sol; una luna en un cielo; una ley dio; una fe; un bautismo queriendo, que como es uno, así todo lo que hizo mostrase en su unidad ser uno su autor.

Y porque sé que no sabéis de adonde ha venido vuestro error, de que creéis tan contra razón lo contrario de esto, sabréis que cuando Dios crió el cielo y la tierra, crió dos maneras de criaturas, excelentes sobre todas las otras; las unas fueron espirituales, sin comistión de cuerpo, que llamamos ángeles o espíritus celestiales; la otra fue el hombre y la mujer, compuestos de ánima espiritual y de el cuerpo que con los ojos veis. De los ángeles hubo uno muy señalado que no conociendo haber recibido de Dios el excelente ser que tenía, se rebeló y levantó contra Dios, su criador; siguióle la tercera parte de los ángeles; fueron por esta maldad echados de el cielo y como nunca se han arrepentido, ni arrepentirán de su culpa, han desde entonces y hasta que el mundo se acabe, procurado y procuran dos cosas: La una, perseverando en su malicia, siendo criaturas condenadas, querer ser adoradas por criadores dioses, introduciendo lo que la razón natural no consiente (que haya muchos principios y causas eternas) cuanto más la fe. Con esta ceguera han procurado y procuran la segunda cosa, que es estorbar (creyendo en ellos) que los hombres no conozcan ni sirvan a un Dios, su criador, para que después de la muerte temporal no gocen de aquel supremo lugar, que ellos por su maldad perdieron; y pues Dios quiere decir tanto como summa bondad y summa clemencia, si estos vuestros fuesen verdaderos dioses, verdaderamente serían buenos; pero pues os han mentido tantas veces y se hacen adorar debajo de tan feas figuras, así de hombres como de fieros animales y quieren y permiten haya sodomías, robos, tiranías y muertes de inocentes y otros tales pecados, ¿qué podéis pensar que sean sino demonios, enemigos vuestros? Cuando los habláis responden palabras dudosas para que siguiéndose forzosamente lo uno o lo otro los creáis y como son tan antiguos y permite Dios, para mayor condenación suya, que hagan algunas cosas, como tronar, granizar y otras, pensáis que son dioses, no entendiendo (como tengo dicho) que Dios no quiere mal, ni hace mal, ni tiene ayuda de otro para hacer las maravillas que quiere, como vistes la semana pasada, que estando el cielo tan sereno os envió a nuestra suplicación tanta agua, que nunca habéis tenido tan buen año como tendréis ahora y pues veis que lo que he dicho (si estáis sin pasión)

convencerá vuestros entendimientos y la prueba de el milagro pasado ha mostrado, claramente, que es así lo que digo. Suplico (¡oh altísimo rey, caballeros y sacerdotes!), que abráis los ojos, y pues de creerme o no creerme os va el morir o vivir para siempre, que con gran cuidado encomendéis a la memoria lo que os he dicho; porque espero en Dios que haciéndolo así os alumbrará, para que más claramente conozcáis la verdad que os predico. Acabada esta plática todos estuvieron suspensos buen rato, hablándose muy quedo unos a otros, los más de ellos convencidos con la fuerza de la eterna verdad, aunque entonces con más furia (como al que le iba tanto) los combatía el demonio con la larga costumbre que tenían de seguirle y adorarle.

CAPÍTULO LV. *De lo que respondió el emperador Motecuhzuma a Cortés y lo que dijo a sus sacerdotes; y llegada de Quauhpopoca, señor de Nauhtla, y que Cortés le mandó quemar con otros, y echa grillos a Motecuhzuma y lo reprehende*

DESPUÉS DE LO REFERIDO estuvieron todos esperando a lo que Motecuhzuma respondía, el cual con pocas palabras, dijo que le parecía bien lo que había dicho, aunque eran las cosas tan altas que muy de propósito quería que se las diese a entender y mandaría que no se sacrificasen hombres. Y otro día llamó a su principal sacerdote y le mandó que por algunos días disimulase con los castellanos en no sacrificar hombres aunque en lo de adorar sus dioses nadie les iría a la mano, y que había contemporizado con el capitán Cortés por no poner en condiciones su estado y alborotar su república, y que dejasen a los cristianos adorar y honrar su Dios y que ellos podrían hacer lo que mejor les pareciese. Motecuhzuma era clemente y muy bien entendido, y por esto se creyó que por no ver alteraciones en sus reinos contemporizaba con los castellanos y con los indios, y algunos juzgaron que por no atreverse dejó de ser cristiano. Los sacerdotes por el autoridad e interés temporal que perdían no podían disimular el odio que contra los castellanos tenían, especialmente cuando les veían oír misa y hacer oración en aquel sumptuoso templo; murmuraban mucho para indignar a los caballeros y gente noble que no lo sufriesen, tratábanlo con los privados y allegados de Motecuhzuma, encareciéndoles la injuria recibida y la ofensa de sus dioses que por tantos años los habían proveído de lo necesario para la vida humana; decían (estudiando siempre razones nuevas) que por qué habían de dejar la religión que por tantos años habían seguido por tomar una nueva que no sabían en qué se fundaba.

En medio de estas cosas y veinte días después de la prisión de Motecuhzuma tornaron los criados que con su sello real habían ido a llamar a Quauhpopoca; vino con su hijo y con otros quince señores que se decía se habían hallado en la muerte de los castellanos, porque también parecieron culpados. Entró Quauhpopoca en Mexico, acompañado de muchos caba-